
UN LIBRO DE IRENE PÉREZ GUERRA*

MARIANO LEBRÓN SAVIÑÓN

Con ocasión de celebrarse el milenario de la aparición del español como el habla de una buena copia de pueblos, el mundo hispánico se conmovió con destellos de orgullo y de alegría. Porque se trata de la dulce habla que, como germen de nuestra identidad, nos legara la España gloriosa de nuestro ancestro, evocabamos, con harto orgullo nostálgico, el hontanál de estas aguas de nuestro acervo sonoro.

“Ha más de siete siglos –escribimos en la segunda edición de nuestra *Historia de la cultura dominicana*– regocijado y jacarandoso, el buen clérigo Gonzálo de Berceo sentía los primeros fulgores sonoros del habla ya en romance, bajo la arcada secular de San Millán de Suso, frente a la cumbre frígida y cana del San Lorenzo, mientras discurría, sonoro, el río Cárdenas, cuando desde sus labios temblorosos retozaban con impulsos de profanos sentimientos la nueva estructuración de la *guadernavía*. Pero como ya, saltando la palabra, era el suyo *mester de clerecía*, se empeñaba este sacerdote medieval del siglo XII en escribir en lengua romance y abrir la ancha ría por donde el castellano había de verter sus aguas en el inmenso cauce del español hogaño. Berceo se acercaba al pueblo con su traje talar y tonsurado, agitando en sus manos su “vaso de bon vino”, como un Omar Khayyan hispano o como el simple trovador del pueblo en el ruidoso *mester de joglería*.

Son ellos, los juglares, los que van a darle al español su fluidez arcangélica, su dulcedumbre y flexura ya apreciables cuando el marqués de Santillana, eglógico y romántico, clava agujijones de luz a rústicas serranas en sus vagares praderales”.

En la época de El libro del Buen Amor, de ese extraño Rabelais hispano, el Arcipreste de Hita, surge, con Pedro Pérez de Ayala, el primer ensayo de historia a imitación del clásico latino.

*Palabras del señor Mariano Lebrón Saviñón, Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, en la puesta en circulación del libro *Historia y Lengua. La presencia canaria en Santo Domingo. (El caso de Sabana de la Mar)*.

En el siglo XV, cuando muere la edad media y se realiza la unidad española, cuando brota como eclosión fantástica el Renacimiento y surge de lo ancho del mar un continente, regalo del cielo a España, ya hay una rica herencia lingüística cultural que hace más anchuroso aún el océano español. Y al abrirse América nuevas voces hinchan el caudal de nuestra habla.

Y fue Santo Domingo, cuna del español de América, la que anegó su acervo lingüístico con el legado casi milagroso de andaluces y canarios.

Parte de ese legado canario a nuestra habla es recogido en un libro monumental que ponemos esta noche en circulación *Historia y Lengua. La presencia canaria en Santo Domingo. (El caso de Sabana de la Mar)*, Patronato de la Ciudad Colonial. Su autora una eximia lingüista dominicana, Irene Pérez Guerra, del Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español.

Es curioso como esta admirable mujer, ecuménica en su pensamiento y obstinada en su egregio quehacer, se ha dedicado con tanto empeño a iluminar nuestra deuda cultural con el conglomerado isleño de las antiguas Afortunadas. Las islas Canarias—llamadas así a causa de los canes que las poblaban y no por las aves amarillas de siringe de oro que bordan de trinos su floresta—es un archipiélago español del Atlántico, situado a 115 kilómetros de la costa de Marrueco meridional, con dos provincias: Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas.

In illo tempore estaba poblada por los *guanches*, aborígenes de la raza de Cro Magnon que buscaban clima templado en el período glacial y pasaron de Europa a África por un puente de hielo o por el entonces paso terreo del estrecho de Gibraltar, en época temprana del Paleolítico Superior. Los romanos, además de Afortunadas, la llamaron Elisias y Hespérides.

Abandonadas a su feliz autonomía primitiva, el genovés Lancerotto Morcello las descubrió en 1312 y ya en 1492 eran conquistadas para Castilla por el nauta francés Juan de Bethencourt durante el reinado de Enrique III.

Maciot, primo y heredero de Bethencourt las vendió al conde Nieblas, con lo que pasó a la soberanía de doña Inés Peraza, casada con don Diego García Herrera quienes la cedieron en 1477 a los

Reyes Católicos, al tiempo que Portugal renunciaba por medio del Tratado de Toledo a toda pretensión sobre el archipiélago.

El dominio total de las canarias fue logrado por Pedro Vera y el Adelantado Fernando Lugo:

“Los Reyes Católicos otorgaron al archipiélago canario un régimen municipal tan autonómico que se llamó Republicano y los adelantados, que fijaron su residencia en San Cristóbal de la Laguna, mantuvieron su unidad nacional”.

Tras la conquista las islas Canarias se españolizaron, se impregnaron del alma hispánica y cultivaron la fragancia de su dulce habla. Hoy son parte entrañable de España, y su gente, dueña de un español castizo y bello. Lo dice la copla en esa tremante cuarteta que los coros isleños entonan con orgullo:

*El sol tiene rayos de oro,
la luna sus pasionarias
y España su mejor tesoro
que son las islas Canarias.*

De esta manera el aporte mélico y literario que las provincias atlánticas han hecho a la madre patria es harto rica y genial.

A la cabeza de sus escritores aparece el que puede llamarse padre del realismo español en la novelística, Benito Pérez Gardós, en cuyas narraciones se entremece la misma entraña del sentir español egregiamente. Pero también nos ha dado una poesía de eternas sonancias, con una buena constelación de cantores a cuya cabeza marchan Tomás Morales de la Gran Canaria, poeta del mar y de las inmensidades; Saulo Torón, de Las Palmas, inmerso, como Morales, en el modernismo rubendariano; Manuel Verdugo, “neoclásico, consistente, frío, marmóreo”, en opinión del crítico Valbuena Prat; Rafael Romero, quien firmó con el seudónimo Alonso Quesada y “cantó al mar como acusado por el mar”; Juan Millares Carlo, poeta y humanista, y Antonio Carlos Vidal Isern, periodista, ensayista y narrador, además de lírico exquisito.

Personaje importante del mundo canario es el tenor Alfredo Kraus, recientemente fallecido, una de las voces más depuradas del bel canto. De él dice Gonzalo Alonso:

“Nombrar a Alfredo Kraus es tanto como nombrar la quintaesencia de la ópera. Nadie de su generación ni de la posterior ha cantado con esa elegancia y musicalidad, con una dicción tan nítida, con ese saber decir que en el campo femenino tendría su paralelo en Victoria de los Ángeles y Tereza Berganza”.

Desde 1492 se siente la presencia del canario en América y, muy especialmente, en La Española que fue la cuna del habla en el nuevo continente.

Irene Pérez Guerra, en esta voluminosa joya bibliográfica, explica exhaustivamente estas corrientes migratorias de los canarios por nuestro continente con el ánfora nostálgica de sus sueños y el acervo sonoro de su habla arcangélica.

“El proceso migratorio y de poblamiento canario en el contexto americano” es analizado, admirablemente por Irene, en el capítulo 3 de su obra portentosa, y urge el que sea objeto de lecturas prolijas y profundos estudios para que se puede valorar la deuda que tenemos con estos isleños hermanos.

Manuel Alvar, citado por Pérez Guerra, afirma:

“Canarias confirmó la realidad americana: con sus mitos, con sus costumbres o con su cultura. Y la conformó desde el mismo Descubrimiento”.

Desde horas muy tempranas de la conquista La Española se constituyó en tierra de aclimatación para los canarios, de cuyas islas trajo el Primer Almirante de caña de azúcar, detrás de la cual vinieron los expertos propiciatorios de la industria azucarera que fue próspera y fuente de riquezas de donde surgieron los primeros potentados en el efímero virreinato de don Diego Colón.

Irene nos lo confirma:

“No faltaron nunca –escribe– las demandas y peticiones desde las Antillas de pobladores isleños que marchaban a Indias con el fin de poblar y fundar numerosas zonas que se encontraban en peligro de infiltración extranjera”.

No siempre estas inmigraciones nos traían agricultores y jornaleros. Llegaron también a La Española.

“...virreyes, capitanes y generales, gobernadores, marinos, arzobispos, obispos, abnegados misioneros, literatos, hombres de cien-

cia, mercaderes...”, según apunta José Pérez Vidal, citado por la autora.

Irene Pérez Guerra, con mano zahorí, traza un magnífico itinerario histórico de los asentamientos en Santo Domingo, para lo cual se apoya en un material bibliográfico idóneo y denso. Es obvio que la presencia canaria en Santo Domingo fue una necesidad desde los albores de la conquista y tiene más importancia que la que le asignan algunos historiadores.

Irene nos traza en el capítulo 4 esta “Distribución geográfica del poblamiento canario en Santo Domingo”: Bánica, San Carlos, Hinchá, San Juan Bautista de la Maguana, Santa Cruz de Neyba o San Bartolomé de Neyba, San Felipe de Puerto Plata, San Joaquín de Dajabón, San Fernando de Monte Cristi, Santa Bárbara de Samaná, Sabana de la Mar, San Rafael de la Angostura, Azua de Compostela, Baní, San Gabriel de las Caobas y San Miguel de la Atalaya.

Refiriéndose al historiador Manuel Ubaldo Gómez con respecto al papel del gobernador Francisco Rubio y Peñaranda, Irene acoge esta cita en la página 79:

“Rubio fomentó la inmigración [...] restableció a Puerto Plata en 1756 y fundó de orden del Rey, con familias canarias a Samaná y Sabana de la Mar, de cuyas familias descienden casi en su totalidad los naturales de estas poblaciones”.

Señores: labor colosal ha sido la de esta Irene al obsequiarnos obra tan valiosa y oportuno fruto de su ejemplar dedicación a los estudios lingüísticos.

Como bien expresa su Ilustrísima Reverendísima Monseñor Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez:

“La doctora Irene Pérez Guerra, investigadora acuciosa, ha realizado un trabajo que viene a llenar un vacío bibliográfico en el área lingüística de nuestro país, al realizar una comparación sistemática entre las modalidades caribeñas de español y las hablas de las Islas Canarias”.

E Irene lo enfatiza:

“En sentido general –nos dice– el estudio de las huellas dejadas por los inmigrantes canarios en la lengua, la cultura popular, el folklore, etc. de América resulta una tarea hartó difícil, aún disponiendo de suficientes datos al respecto”.

En esta tarea, nosotros lo sabemos, Irene dejó girones emocionales, noches de sueños, carga de fatigas.

Pero con esa pertinacia que hace de ella un verdadero paradigma de cultura y abnegación, culminó sus esfuerzos con un libro genial que en esta noche ponderamos orgullosos de esta gran dominicana.